

El problema nacional: hispanoamérica, Colombia y Panamá

Olmedo Beluche

Desde una perspectiva marxista, abordar el tema de la formación de los modernos estados nacionales requiere relacionarla con el proceso de surgimiento de la sociedad capitalista. Capitalismo y nación están intimamente relacionados. Pero un análisis meramente estructural no agota otros aspectos del “problema” nacional, como los elementos de sociología social y herencia cultural que lo envuelven.

Según Leopoldo Mármora, la teoría marxista respecto a la nación ha oscilado contradictoriamente entre ambas interpretaciones: “La nación en el sentido de nación burguesa moderna basada en un mercado capitalista nacional, es decir la ilusoria comunidad de los propietarios de mercancías...”; y la nación, confundida como nacionalidad, “como comunidad arcaica,..., como residuo de las comunidades rurales primitivas, como unidad étnico-cultural históricamente dada...”¹

En esta última acepción encaja la clásica definición elaborada por José Stalin: “¿Qué es una nación? Una nación es, ante todo, una comunidad (...) Nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura (...) Es necesario subrayar que ninguno de los rasgos distintivos indicados, tomado aisladamente, es suficiente para definir la nación. Más aún: basta con que falte aunque sólo sea uno de estos signos distintivos, para que la nación deje de ser la nación”²

¹ MÁRMORA, LEOPOLDO. El concepto socialista de nación. Cuadernos de Pasado y Presente 96. Siglo XXI Editores, S.A. México, 1986. Págs. 84 - 85.

² STALIN, JOSÉ. El marxismo y el problema nacional y colonial. Citado por L. MÁRMORA, Op. cit. pág. 90.

Mármora opina que la segunda interpretación, cuando fue utilizada para suplir las deficiencias de la primera, no hace a lo medular del enfoque marxista, mientras que la primera sí procede del “núcleo duro” de la teorética marxista. Afirma categóricamente:

“si se puede decir que existe un esbozo de teoría marxista de la nación, se trata entonces seguramente de la primera de las dos interpretaciones mencionadas, es decir de aquella que acopla y vincula las naciones modernas al desarrollo capitalista burgués”³.

Pese a existir entre los marxistas latinoamericanos un acuerdo general en torno a este criterio, un largo debate, inconcluso todavía, los ha dividido respecto a la interpretación concreta de nuestra historia y las vicisitudes de la formación de nuestra(s) nación(es) hispanoamericana(s).

Feudalismo o capitalismo, ¿qué modo de producción predominó en nuestra fase colonial, y en los primeros años de la independencia? ¿Qué clases sociales han hegemonizado nuestro proyecto nacional? ¿Cuál es el desarrollo que cabe esperar (o aspirar) para Latinoamérica, un capitalismo al estilo europeo o norteamericano, o la transición al socialismo? ¿Existió alguna vez una nación hispanoamericana, o tiene algún sentido plantearse un proyecto de ella en el presente? No se trata de preguntas ociosas.

1. Marx y Engels frente al problema nacional.

Carlos Marx no aportó una teoría sistemática respecto al problema nacional, al decir de Michael Löwy⁴. Sus opiniones se encuentran diseminadas en documentos específicos dedicados esencialmente a Polonia e Irlanda. Al tema también dedicó algunos artículos en la *Internacional* para combatir el nacionalismo liberal demócrata de Mazzini y el nihilismo nacional de los prudhonistas.

El punto de vista desarrollado por Marx, desde “El Manifiesto Comunista”, fue el de la necesaria y posible unidad de todos los obreros del mundo. Dos fueron los ángulos que sustentaron dicho planteamiento (“¡Proletarios del mundo, uníos!”): demostrar que los obreros en todas partes tienen los mismos intereses de clase y se enfrentan al mismo enemigo, la burguesía; y por otro, que el proletariado durante la construcción del socialismo debe romper las barreras nacionales para impulsar las fuerzas productivas, como había hecho la burguesía con las barreras feudales.

Según M. Löwy, Marx y Engels continuaron la tradición del movimiento democrático europeo de apoyo a los esfuerzos polacos por constituir un estado nacional independiente frente a Rusia. El apoyo que ellos daban a Polonia estaba

³ Ibidem, pág. 88.

⁴ LOWY, MICHAEL. “Los marxistas y la cuestión nacional”. En revista Ideología y sociedad, N° 20. Bogotá. Enero-marzo de 1977.

sustentado, más que en un principio general sobre la autodeterminación de las naciones, de origen liberal, en el hecho político práctico de que la lucha de liberación de Polonia tenía a debilitar al eje de la reacción europea de aquel tiempo, Rusia.

Este mismo criterio, cómo fortalecer la lucha revolucionaria en Europa y debilitar al frente de la contrarrevolución encabezado por Rusia, llevó a Engels a una opinión negativa respecto a los movimientos nacionalistas de los eslavos de los Balcanes, a los que denominó “naciones ahistoricas”. Los escritos sobre Irlanda, redactados en la madurez, permitieron a Marx enunciar algunos principios básicos respecto al problema nacional, que Löwy resume así:

- “1. Sólo la liberación nacional de las naciones oprimidas posibilita vencer las divisiones y antagonismos nacionales, y permite a la clase obrera de ambos países unirse contra su común enemigo, los capitalistas;
2. La opresión de otra nación ayuda a reforzar la hegemonía ideológica de la burguesía sobre los trabajadores de la nación opresora: “cualquier nación que oprime a otra, forja sus propias cadenas”;
3. La emancipación de la nación oprimida debilita las bases económicas, políticas, militares, e ideológicas de las clases dominantes en la nación opresora y contribuye a la lucha revolucionaria de la clase obrera de esa nación”⁵.

Respecto a Engels, Löwy señala que tiene las mismas opiniones que Marx para los casos de Polonia e Irlanda, pero desarrolla un concepto tomado de Hegel, de “naciones ahistoricas” que aplica a los eslavos del sur. Engels quiere explicar el papel jugado por dichas naciones en la derrota de la revolución de 1848-49, debido a que miles de voluntarios de estas nacionalidades se alistaron en el ejército ruso para combatir la revolución que se desarrollaba en occidente.

Según el criterio de Engels, estos grupos nacionales habían fracasado en conformar un estado nacional propio, convirtiéndose en instrumento de la reacción, el zarismo ruso. Para Löwy, este criterio no estaba motivado ni por un nacionalismo alemán, ni por un racismo eslavofóbico, sino sobre la consideración del rejuego de fuerzas entre revolución y contrarrevolución en Europa.

Según Mármona, esta opinión de Engels respecto a las “naciones sin historia” se deriva de la concepción marxista por la cual el surgimiento de las naciones está directamente asociado a una clase capitalista que crea la nación para estructurar el mercado. Las nacionalidades eslavas carecían de dicha clase social, por lo cual su destino sería la asimilación por otra potencia capitalista⁶.

⁵ Ibidem, pág. 11.

⁶ MÁRMORA, L. Op. Cit., págs. 88 - 89.

Aunque encarnaban una nacionalidad (a veces se confunde nación como sinónimo de nacionalidad, entendida esta última como sustrato étnico-cultural), no llegarían a formar una nación (o estado nacional) porque carecían de una burguesía dinámica que las condujera. Mármora critica esta superposición del concepto de clase sobre el de nación que realiza la teoría marxista: “Pero a qué resultados lleva esa concepción mecánica y unilateral de la relación entre burguesía y nación? Ante todo se impone el siguiente razonamiento: si la burguesía existe fuera y separada de la nación, en algún momento habrá de prescindir de ella, internacionalizándose”⁷.

La crítica de Mármora encuentra su vigencia en algunas concepciones sobre el proceso de globalización, las cuales creen que éste conduce al surgimiento de un “imperio” mundial en el que la base nacional de los grandes capitales pierde todo su contenido. Si bien existe una hegemonía decisiva del imperialismo norteamericano, el gran proceso de transnacionalización de los capitales iniciado a fines del siglo XX, no ha hecho más que agudizar las contradicciones nacionales colocando este tipo conflictos en el primer plano.

Este criterio condujo a los desenfoques de Marx y Engels sobre Hispanoamérica. Consideraron progresiva la anexión de los territorios mexicanos por Estados Unidos, ya que llevaría allí el desarrollo capitalista. Ellos concebían el proceso revolucionario mundialmente vinculado, en el que la lucha contra la opresión nacional empataba con la revolución socialista, pero la vanguardia la ocupaba éste último, encarnado en las clases obreras de los países capitalistas avanzados. Afirman de manera simplista, que: “el triunfo del proletariado sobre la burguesía es, al mismo tiempo, la señal para la liberación de todas las naciones oprimidas”⁸.

Lo importante para ellos era el desencadenamiento del proceso de revolución socialista por el proletariado de los países avanzados que, de triunfar, resolvería rápidamente el problema de las naciones oprimidas, y volvería obsoleta la necesidad de constituir estados nacionales, ya que se plantearía la construcción de la sociedad humana global basada en un régimen comunista.

Es evidente que Engels se equivocó completamente en su juicio frente a estas supuestas naciones “ahistóricas” que demostraron tener una historia, y conformaron estados independientes. Los hechos siguieron un curso más complejo que lo previsto por Marx y Engels, ya que el problema nacional se mezcló con la lucha por el socialismo, y las primeras sociedades de transición al socialismo emergieron en países que luchaban contra la opresión nacional a que los sometía el capitalismo imperialista, quedando rezagadas las revoluciones socialistas de los países desarrollados.

⁷ Ibidem, págs. 89 - 90.

⁸ MARX, CARLOS. Escritos sobre Polonia (27 de noviembre de 1847). Citado por MÁRMORA, Op. cit., pág. 14.

2. El aporte de Lenin frente a la cuestión nacional.

Lenin es el marxista que mejor supo responder al problema nacional, estableciendo un marco político que le permitió construir lo que fue ese mosaico de pueblos, la Unión Soviética. Lenin logró este cometido porque, señala Löwy, enfocó el problema destacando el aspecto político del mismo por sobre otros enfoques culturales, sicológicos, etc.

Tanto en el programa del Partido Bolchevique como en los documentos de la Tercera Internacional han quedado consignados los criterios leninistas. Pero es en un trabajo polémico con Rosa Luxemburgo, titulado “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”, publicado en 1914, donde Lenin desarrolla más sistemáticamente una teoría al respecto.

Lenin parte por señalar que la tendencia a la formación de estados nacionales es inherente al propio desarrollo del sistema capitalista:

“En todo el mundo, la época del triunfo definitivo del capitalismo sobre el feudalismo estuvo ligada a movimientos nacionales. La base económica de estos movimientos estriba en que, para la victoria completa de la producción mercantil, es necesario que la burguesía conquiste el mercado interior, es necesario que territorios con población de un solo idioma adquieran cohesión estatal... El idioma es el medio esencial de comunicación entre los hombres; la unidad de idioma y su libre desarrollo es una de las condiciones más importantes de una circulación mercantil realmente libre y amplia, que responda al capitalismo moderno...; es, por último, la condición de una estrecha relación del mercado con todo propietario, grande o pequeño, con todo vendedor y comprador”¹⁰.

Lenin más abajo reitera: “...es más, para todo el mundo civilizado, el estado nacional es por ello lo típico, lo normal en el período capitalista¹¹”. Lenin rebate a Rosa Luxemburgo, la cual, oponiéndose a levantar en el programa del partido la independencia de Polonia, propone mayor autonomía económica sin separación estatal, para preservar la unidad de la clase obrera de todos los pueblos que conforman la Rusia zarista. Lenin señala que, cuando se habla de autodeterminación, debe entenderse no “autonomía”, sino independencia nacional, es decir, derecho a constituir un estado nacional independiente.

Para Lenin el desmembramiento de Rusia, producto de la separación de las naciones oprimidas, como Polonia, no debe atemorizar a los marxistas, ya que la

⁹ LENIN, V. I. “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”. En **Obras escogidas**, Tomo I. Páginas 615 a 669.

¹⁰ Ibidem, pág. 618.

¹¹ Loc. cit.

tendencia histórica no es a conformar estados nacionales “abigarrados”, como Rusia o el imperio Austro-Húngaro, sino estados nacionales sobre la base idiomática. Estas tendencias separatistas son más acusadas en las regiones de mayor desarrollo industrial que enfrentan a un centro administrativo atrasado¹².

Lenin destaca que el planteamiento del problema nacional está encuadrado históricamente en dos momentos. Por un lado, en Europa occidental, durante el período de ascenso de la sociedad capitalista, la burguesía encabezó importantes procesos revolucionarios que culminaron en la conformación de grandes estados nacionales. Pero que esa fase histórica revolucionaria se encuentra superada en occidente a partir de la década de los setenta del siglo pasado.

Por otro, el problema nacional ha adquirido nuevo vigor en los “pueblos de oriente” que, a inicios del siglo veinte, despiertan al desarrollo capitalista y se ven sometidos por el sistema imperialista. Por eso, no es correcto, como pretendía R. Luxemburgo, aplicar los mismos criterios de Europa occidental a los pueblos de oriente, en el sentido de desvalorizar el derecho a la conformación del estado nacional con relación a las reivindicaciones propiamente socialistas.

Este criterio está asociado a su consideración de que el nacionalismo de los países imperialistas es reaccionario, y el de los países oprimidos es progresivo. Al interior de la propia Rusia zarista había que distinguir el nacionalismo ruso como el nacionalismo de la nación opresora. Sostiene que el apoyo a la lucha por la autodeterminación nacional no significa capitularle a la burguesía de las naciones oprimidas. El proletariado apoya la lucha nacional por motivos distintos: por la paz, la igualdad de derechos y una situación más favorable de la lucha de clases¹³.

En este sentido el proletariado jamás debe otorgar un apoyo incondicional a las direcciones burguesas o pequeño burguesas del movimiento de liberación nacional, ni a sus pretensiones “nacionalistas” a expensas de otros pueblos:

“En cuanto la burguesía de una nación oprimida lucha contra la opresora, nosotros estamos siempre, en todos los casos y con más decisión que nadie, a favor, ya que somos los enemigos más audaces y consecuentes de la opresión. En cuanto la burguesía, de la nación oprimida está por su nacionalismo burgués, nosotros estamos en contra. Lucha contra los privilegios y violencias de la nación opresora y ninguna tolerancia con respecto a la tendencia de la nación oprimida hacia los privilegios”¹⁴.

¹² Ibidem, pág. 624 -625.

¹³ Ibid., pág. 630.

¹⁴ Ibid., pág. 631.

Enfatiza la relación dialéctica entre lucha por la autodeterminación de las naciones y la unidad internacionalista del proletariado. La primera es precondición inseparable de la segunda:

“Semejante estado de cosas plantea ante el proletariado de Rusia una tarea doble, o mejor dicho, bilateral: luchar contra todo nacionalismo y, en primer término, contra el nacionalismo ruso; reconocer no sólo la completa igualdad de derechos de todas las naciones en general, sino también la igualdad de derechos respecto a la edificación estatal, es decir, el derecho de las naciones a su autodeterminación, a la separación; y, al mismo tiempo y precisamente en interés del éxito en la lucha contra toda clase de nacionalismos de todas las naciones, propugnar la unidad de la lucha proletaria y de las organizaciones proletarias, su más íntima fusión en una comunidad internacional, a despecho de las tendencias burguesas al aislamiento nacional.

Completa igualdad de derechos de las naciones; derecho de autodeterminación de las naciones; fusión de los obreros de todas las naciones; tal es el programa nacional que enseña a los obreros el marxismo, que enseña la experiencia del mundo entero y la experiencia de Rusia”¹⁵.

3. Hispanoamérica y el problema nacional

Ricaurte Soler es el historiador panameño que más profundamente ha trabajado el tema de la nación. Soler parte del criterio metodológico antes señalado: hay una relación estrecha entre el estado nacional y el capitalismo. Para él, existe un orden de presentación histórico entre ambos: el estado nacional precede y condiciona el desarrollo del capitalismo. El estado nacional no presupone el sistema social y económico capitalista, aunque sí marca el camino de su nacimiento.

Se pregunta:

“¿los estados nacionales se formaron en conjunción con los orígenes del capitalismo, constituyéndose en mediación esencial de su desarrollo o,..., son la expresión y resultado de su consolidación en el marco de la hegemonía del capital y la burguesía industriales?... Optamos por afirmar la corrección y legitimidad del primer término de la alternativa.”¹⁶.

Para Soler la creación de las modernas naciones recae en dos clases precapitalistas: las monarquías absolutas y la burguesía comercial. Aquí hay una paradoja, pues la burguesía comercial es una clase capitalista. Refiriéndose al caso español, dirá que su actividad comercial está puesta en provecho de un “despotismo oriental”, que sostenía una parasitaria casta aristocrática. Es el estado absolutista el que, mediante la coerción, conforma las naciones europeas.

¹⁵ Ibid., pág. 669.

¹⁶ SOLER, RICAURTE. 1980. Idea y cuestión nacional latinoamericana. Siglo Veintiuno Editores. México. Pág. 14.

Esta época de transición va a tener en el absolutismo el árbitro por excelencia, lo que le confiere un carácter “bonapartista”.

“Nunca menos que en la modernidad el estado fue, entonces, mero epifenómeno de la estructura económica... A partir de ahora la aristocracia en decadencia, pero no extinguida, y la burguesía en ascenso, pero aún no triunfante, dirimen sus contradicciones, a lo largo de dos y tres siglos. Todo ello en el espacio del estado nacional, monárquico y absolutista. Es por eso por lo que, fijando la atención en su poder arbitral, y empleando el concepto en forma un tanto liberal, ese estado ha sido calificado de “bonapartista”¹⁷.

Que las naciones precedan al surgimiento del capitalismo, no significa -según Soler- que éstas existan en cualquier tiempo pretérito. Las naciones modernas son el precedente inmediato del capitalismo, y rechaza a Samir Amin en el sentido de que existió una milenaria nación árabe vinculada con modos de producción precapitalistas¹⁸. Para Samir Amin la existencia de una nación viene dada por: la coexistencia geográfica, la lengua y cultura comunes, y una clase social que unifica la economía desde el aparato estatal. Según Amin, esa clase no necesariamente debe ser la burguesía, como pretende la teorización “eurocéntrica” del problema.

Soler opina que Samir Amin confunde los conceptos de estado y nación:

“...es precisamente función del estado asegurar, a través del dominio de clases, la unidad económica de cualquier formación social. Y el elemento fundamentalmente nuevo y distinto del estado moderno es el que asegura la unidad económica de la muy nueva y distinta realidad social que es la, o las naciones, según que se trate de un estado nacional o multinacional”¹⁹.

En el otro extremo de la interpretación del problema nacional, ubica Soler a la llamada “teoría de la dependencia”, y a su vocero André Gunder Frank. Interpretación ésta que, según Soler, peca por privilegiar en el análisis el peso del desarrollo capitalista por encima de la formación de la nación, llegando a catalogar los estados latinoamericanos de “lumpennaciones”. Hace tres críticas a la teoría de la dependencia:

1. Niega la importancia de las relaciones sociales de producción privilegiando la esfera de la circulación;
2. En la relación interno/externo, asigna a los condicionamientos externos un determinismo que difumina la historia interna;

¹⁷ Ibidem, pág. 16.

¹⁸ Ibid., págs. 18 a 20.

¹⁹ Ibid., pág. 19.

3. Cita a Heinz Dieterich: “reemplaza - y esto es lo decisivo- la ‘ilusión autoimpuesta del marco nacional’ por otra ilusión igualmente errónea, a saber un condicionamiento mecánico de los procesos sociopolíticos internos del satélite por la prepotente estructura externa”²⁰.

Reivindicamos la afirmación de Soler en el sentido de que el concepto de “lumpennaciones” puede inducir la idea de que la reivindicación nacional latinoamericana, frente al imperialismo, carece de legitimidad: “...frente al imperialismo, nos desarma al declararse que nuestras naciones y nuestro nacionalismo es “lumpen” por carecer de legitimidad y racionalidad históricas”²¹.

Sin embargo, en favor de la teoría de la dependencia hay que decir dos cosas:

1. No necesariamente el concepto de “lumpennación” implica desconocer la importancia de las reivindicaciones nacionales, puede significar un desarrollo “anormal” desde la perspectiva europea de la nación;
2. Además la teoría de la dependencia introdujo un elemento metodológico decisivo para cualquier análisis histórico de las naciones modernas, la perspectiva mundial. El modo de producción capitalista, al unificar el planeta bajo su férula ha creado la historia universal y es imposible entender cabalmente la historia de un país en particular sin una perspectiva internacional.

4. ¿Una nación hispanoamericana?

Para el argentino José Hernández Arregui, la historia de la nación latinoamericana estaría enraizada en las luchas populares frente a una oligarquía antinacional aliada a intereses foráneos. Él confronta la interpretación de origen “demoliberal” que tilda de bárbaras o retrógradas a las masas rurales y los caudillos de las guerras civiles posteriores a la independencia. Por el contrario, considera que es la ciudad porteña, proinglesa y librecambista, el elemento antinacional en dicha fase histórica. Este es un interesante elemento que debe retomarse para el caso de Panamá.

Hernández Arregui propone la existencia de una “nación española”, incluyendo a España e Hispanoamérica, que se ha fraccionado producto de los avatares históricos. El origen de esta “nación española” se encontraría en el reinado de Fernando e Isabel que habría abierto con la unidad del reino la fase moderna de la historia de España.

Para Soler no existió tal “nación hispana”, porque los “reyes católicos”, si bien alcanzaron la unidad del estado español, no fundaron una nación, por el hecho de que no inauguraron la fase de desarrollo capitalista. La derrota de la insurrección

²⁰ Ibid., pág. 20.

²¹ Ibid., pág. 21.

de los comuneros de 1521 habría sido el aborto del temprano capitalismo hispano. En su apoyo, Soler cita a Marx, el cual compara²² el efecto “civilizatorio” del absolutismo europeo con el absolutismo español que conservó “formas asiáticas de gobierno”. Soler considera que España en este período siguió siendo esencialmente feudal, y su absolutismo tuvo un carácter marcadamente “antimoderno”.

Respecto al carácter del modo de producción dominante en Hispanoamérica en la fase colonial y la manera como determinó el proceso de formación de las naciones americanas, Soler traza un análisis diferenciado de las interpretaciones predominantes:

1. La liberal, de Alberdi o Mariano Otero, según la cual la independencia sería nuestra revolución burguesa que nos colocaba en el camino de “alcanzar el estatuto social y político de la república norteamericana o de las democracias burguesas europeas. Sólo faltaría, para ello, que una emancipación mental completase la independencia política”²³.
2. La materialista histórica, de José Ingenieros y Mariátegui, para quienes la independencia mantuvo las relaciones de tipo precapitalistas de la fase colonial, por lo cual la tarea presente sería la de superar dichas formas atrasadas. A esta vertiente pertenece Rodolfo Puiggrós²⁴, que influyó en las interpretaciones “etapistas” de los Partidos Comunistas Latinoamericanos.
3. La vertiente precedente al dependentismo, inaugurada por Sergio Bagú²⁵, que destaca el carácter capitalista de la sociedad colonial y el peso de la inserción comercial en la economía mundial de las colonias americanas.

En el marco de estas tres vertientes, Soler parece acercarse más a la segunda, pues enfatiza el carácter esencialmente feudal de la colonización española en América. Aunque también se diferencia y hace algunas precisiones a la versión fuertemente “feudalizada” de Puiggrós, puesto que acá no se calcaron las instituciones del feudalismo europeo.

“No se trata, por cierto, de un calco de los modos de producción predominantes en la península que luego sólo fueron “transplantados” a América. Pero sí se trata de su implantación violenta ajustada a las condiciones dadas del medio americano. La Castilla feudal, más que la España nacional en precaria gestación, comienza a ejercer su dominio sobre la fuerza de trabajo indígena. El objetivo inmediato era desvincularla de las sociedades globales preexistentes, desde las tribus a los

²² MARX, CARLOS Y ENGELS, FEDERICO. Revolución en España. Ed. Ariel. Barcelona, 1973.

²³ Ibid., pág. 103.

²⁴ PUIGGRÓS, RODOLFO. De la colonia a la revolución. 5^a ed. ampliada. Carlos Pérez, Editor. Buenos Aires, 1969.

²⁵ BAGÚ, SERGIO. Economía de la sociedad colonial. El Ateneo. Buenos Aires, 1949. - Estructura social de la colonia. El Ateneo. Buenos Aires, 1952.

“imperios” de los mexicas e incas. El total exterminio de los indios antillanos y la hecatombe demográfica del siglo XVI dan fe de la violencia de la ejecución del proyecto. Pero éste inevitablemente tenía que ajustarse a la necesidad de las condiciones dadas. Lo que nos conduce al problema de la especificidad de la formación social americana del período colonial”²⁶.

Lo determinante sería la fase productiva, con respecto a la circulación, y precisar el tipo de relaciones sociales de producción. En el binomio fuerzas productivas/relaciones sociales de producción, componentes estructurales que definen el modo de producción, Soler estima determinantes a las segundas. Dado que el hombre es la fuerza productiva básica, son las relaciones sociales de producción las que encarnan a esta fuerza productiva²⁷.

Considera que los tributos (a la Corona y a los conquistadores) a que fueron sometidos los indígenas, bajo la forma de la esclavitud o explotación servil (mita, enganches, etc.), liquidaron la vieja comunidad y las relaciones sociales precoloniales. Por eso no se puede hablar de la existencia de relaciones “despótico aldeanas” o asiáticas en la colonia. Igualmente son casi inexistentes, muy raras o meramente nominales las relaciones asalariadas, por lo cual no hubo capitalismo.

“La esclavitud de los negros expropiados de cualquier instrumento de producción, y la coerción extraeconómica de los indios, poseedores o no de instrumentos productivos, constituyeron, pues, los fundamentos reales de la economía colonial”²⁸.

En el plano de la “circulación” la colonización fue precapitalista, dados los obstáculos extraeconómicos que impedían el libre comercio: desde la fijación de precios arbitrarios por los cabildos, hasta la proliferación de aduanas, impuestos, monopolios, etc. Al respecto refuta las tesis de Marcello Carmagnani²⁹.

Soler rechaza las tesis extremistas que reivindican tanto la existencia de un “pancapitalismo” como un “panfeudalismo”. Las primeras no explicarían las contradicciones internas entre los elementos estructurales y superestructurales que representan lo “moderno” y lo “atrasado”. Las segundas no explican de dónde surgen los caudillos e ideas independentistas, o peor aún, los presentaría como excrecencias del régimen feudal³⁰.

Soler se acerca a la segunda vertiente interpretativa, con la que comparte la mayoría de sus premisas, pero no todas sus conclusiones:

²⁶ SOLER, R. Op. cit. Pág. 108.

²⁷ Ibidem. Pág. 105 - 108.

²⁸ Ibid., pág. 110.

²⁹ Ibid., pág. 111.

³⁰ Ibid., pág. 112 - 119.

“La tesis del feudalismo autónomo, por su parte, ofrece una imagen de la colonia que comprueba, de la estructura a la superestructura, la solidaridad de sus varias instancias. El modelo no explica, sin embargo, el carácter social de las fuerzas que se constituyeron en actores y gestores de la independencia. Menos todavía puede explicar los términos en que se concreta el problema de la nación y de la organización nacional”³¹.

Apoya su punto de vista metodológico en Ernest Mandel y en la “ley del desarrollo desigual y combinado”, que explicaría las disparidades y las contradicciones concretas presentadas por la realidad. Otorga a las clases medias, pequeña burguesía urbana y agraria, un papel trascendente en la formación de los estados nacionales tardíos. Destaca el caso de Irlanda, y se apoya en citas de Eric Hobsbawm³².

En Hispanoamérica las capas medias habrían jugado un papel esencial en la lucha por la independencia y conformación nacional, y en el combate a las clases “antinacionales” (precapitalistas). Estas capas medias, urbanas y rurales, junto al componente de caudillos militares que bregaron por forjar las modernas naciones americanas, constituyen lo que Soler denomina la “democracia radical”, por oposición a la “democracia liberal” instituida desde arriba por las clases dominantes, la burguesía comercial.

Parece derivarse del razonamiento soleriano, aunque no está completamente dicho, que estas clases “modernas” ya preexistían en el marco de sociedad colonial. Pero es con la independencia que empieza la verdadera “historia nacional” y la ruptura con la coerción extraeconómica precapitalista para inaugurar una fase de transición al capitalismo, aunque persistan todavía elementos de atraso.

“La emancipación tiene, pues, como primera significación trascendente, la de inaugurar una historia nacional dentro de las cuales las clases sociales despliegan sus luchas y la memoria colectiva de las mismas. La segunda significación trascendente de la independencia la da la ruptura, con la creación del estado, de la autonomía de las relaciones de producción feudales y esclavistas. Ellas, por cierto, sobrevivirán por largo período. Pero ya, desde las luchas mismas por la emancipación, vimos cómo emergieron desde las clases subordinadas los primeros embates nacionales contra las formas de producción y propiedad precapitalistas. Con la emergencia de los diferentes estados nacionales latinoamericanos se creó, pues, el espacio para el desarrollo desigual y combinado del modo de producción capitalista”³³.

Pese a que Soler señala que rechaza tanto la visión panfeudalista, como la pancapitalista, y aboga por un análisis dialéctico del asunto, fundamentado en la ley del desarrollo desigual y combinado, su crítica central a la opinión de que la

³¹ Ibid., págs. 116 - 117.

³² Ibid., págs. 26 - 27.

³³ Ibid., pág. 118.

colonización hispana tuvo ribetes capitalistas es tan fuerte que parece confundirse en las filas de los panfeudalistas, que se supone ha rechazado.

El problema está en que Soler da por sentado que la gestación del capitalismo hispánico fue abortada con la derrota de los comuneros de 1521. Para él, aplicar la ley del desarrollo desigual y combinado en las formaciones sociales hispanoamericanas sólo rige a partir de la independencia, cuando considera que surgen los verdaderos elementos constitutivos de la nación y el capitalismo hispanoamericano. Utiliza esta ley para explicar por qué siguen vigentes formas sociales atrasadas.

En su criterio, la historia hispanoamericana del siglo XIX es la lucha entre ambas fuerzas sociales: las que llama clases antinacionales, que bregan por salvaguardar relaciones precapitalistas de producción, y las clases nacionales, que impulsan el desarrollo propiamente capitalista. Pese a que señala que, sin una visión dialéctica no es posible explicar el surgimiento de las ideas independentistas en el siglo XVIII, no desarrolla este criterio. Es ahí donde deseamos profundizar.

A nuestro juicio, pese a las formas feudalizadas y arcaicas, existe durante la colonización americana un “capitalismo hispano”, que llegó con Colón, y que tuvo un desarrollo particular, con sus altibajos y limitaciones. Todos los señalamientos socioeconómicos que realiza Soler para descartar la idea de un capitalismo hispano, nos parece que son los obstáculos y limitaciones con que este modo de producción se encontró, son los elementos que lo debilitaron frente a sus competidores ingleses, holandeses o franceses. Pero no constituyen su negación absoluta.

Acordes con el criterio marxista, según el cual debe existir una correspondencia entre la estructura económica y la superestructura social, opinamos que si no existiera esta combinación de relaciones de producción precapitalistas y típicamente capitalistas, no sería posible explicar el surgimiento de las ideas respecto a la necesidad de constituir esta nación hispanoamericana. Sin la existencia previa de elementos capitalistas no habría sido posible la idea de una revolución independentista, incluso la idea (fracasada) de una nación hispanoamericana.

Cualquier análisis que pretenda enfocar la historia colonial hispanoamericana como exclusivamente feudal o capitalista peca por unilateral. El error de Puiggrós es negar la existencia de elementos capitalistas en la colonia, y pretender que se calcaron las instituciones feudales del medioevo europeo. Este esquema tiene una consecuencia política concreta, sostener que aún hoy hay que vencer al feudalismo sobreviviente en alianza con la burguesía liberal (o “progresista”), negando toda posibilidad a formas socialistas de Estado.

El error de Gunder Frank consiste en creer que, ya desde el siglo XVI, América vive en el capitalismo, lo que niega toda importancia a la solución de las tareas

“democrático burguesas” (independencia nacional, reforma agraria, industrialización, etc.). Una interpretación de las relaciones sociales internas de nuestras sociedades determinada absolutamente desde afuera, niega la posibilidad de la historia propiamente “nacional”.

Metodológicamente es necesario relacionar los conceptos de nación y capitalismo. Pero no concordamos en el esquema temporal que traza Soler, según el cual forzosamente la nación precede al capitalismo. Aceptarlo puede traer dificultades, por ejemplo explicar el sistema social de las ciudades repúblicas italianas cuya actividad comercial, desde los tiempos de Marco Polo, está en las bases de la modernidad. También lleva al error de pensar que el capitalismo recién empezó en Hispanoamérica luego de la independencia, como sostiene Soler.

Coincidimos con Nahuel Moreno y George Novack cuando señalan: “¿Qué hicieron de hecho España y Portugal? Crearon formas económicas en el nuevo mundo que tenían un carácter combinado. Ellos soldaron relaciones precapitalistas a relaciones de cambio, subordinándolas así a las demandas y movimientos del capital mercantil”³⁴. El sistema social español en América es un “híbrido”, capitalista en sus objetivos (acumulación mediante el intercambio comercial) y precapitalista (en sus relaciones sociales de producción). Podemos llamarle “capitalismo mercantil”, “capitalismo feudal”, “capitalismo bárbaro”, pero ni es feudal, ni plenamente capitalista.

La evidencia señala la existencia de fuertes rasgos estructurales de tipo capitalista, encarnados en clases sociales concretas, desde la colonia, que son los que dan sustento objetivo a las aspiraciones revolucionarias y nacionales con perspectiva hispanoamericana de un Miranda, Bolívar, etc. Las limitaciones “feudales” de la sociedad española explican los obstáculos y deformaciones sufridos por el capitalismo hispanoamericano, pero no su imposibilidad de ser.

5. El fracaso del proyecto nacional hispanoamericano

El argentino Jorge Abelardo Ramos, levanta la tesis de que la independencia, y el quiebre de la nación Hispanoamericana, incluyendo a España, se debió a la incapacidad de los liberales españoles en deshacerse de la monarquía, su bagaje feudal, y no admitir a los americanos como ciudadanos de igual derecho. Esto se produjo en las Cortes de Cádiz (1810), donde los delegados americanos lucharon infructuosamente por la igualdad. Allí, el peruano Dionisio Inca Yupanqui acuñó la frase: “Un pueblo que oprime a otro pueblo no puede ser libre”.

³⁴ MORENO, NAHUEL. “Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América”. En: Novack, George. Para comprender la historia de GEORGE NOVACK. Ed. Pluma, 1977. Bogotá. Pág. 166.

“Los debates de las Cortes, donde se mostraron las resistencias de la mayoría española a otorgar a la América sólo una igualdad retaceada, persuadió a los americanos de que ni siquiera un triunfo del liberalismo español sobre el absolutismo daría la plena igualdad a América dentro del marco de la Nación común”³⁵, concluye Jorge A. Ramos.

Otro argentino, Nahuel Moreno, señala que la desintegración del imperio español no encuentra su razón en una supuesta decadencia económica, como afirman algunos historiadores. Sino todo lo contrario, en un extraordinario impulso económico capitalista dado por los Borbones, y en especial Carlos III, a lo largo del siglo XVIII. España, junto con Inglaterra, fueron los primeros en incorporar el maquinismo a su naciente industria. Pero mientras la española crecía en términos aritméticos, la industria británica lo hacía en términos geométricos. La independencia estaría motivada porque las regiones americanas de mayor crecimiento capitalista buscaron deshacerse de la carga impositiva de la Corona y el deseo de ligarse directamente, sin mediación Ibérica, con los centros del comercio mundial³⁶.

“Un imperio atrasado, semifeudal, que impulsa el desarrollo capitalista, provoca tendencias centrífugas, no centrípetas, que no tienden a consolidar el poder sino a debilitarlo, a destruirlo. Las colonias de América se liberan porque el medio de comunicación marítimo debilita aún más ese poder y posibilita que las regiones más dinámicas, de mayor desarrollo capitalista (Venezuela, Colombia y el Río de la Plata) inicien el proceso de separación de la Madre Patria”³⁷.

Estas mismas fuerzas centrífugas, sumadas a los obstáculos naturales y la ausencia de una clase “nacional” propiamente dicha, llevaron a la disolución de la nación hispanoamericana con posterioridad a la independencia de España y, por ende, al fracaso del sueño bolivariano. Factores como: los enormes obstáculos geográficos, para los que el desarrollo tecnológico aún no había inventado medios que los superaran, falta de un desarrollo capitalista, ausencia de mercado interno, de relaciones sociales modernas e intercambio comercial, legado de la política colonial española.

La aspiración bolivariana a la unidad era visionaria en el sentido de que sólo la unidad política hispanoamericana, montada sobre los elementos culturales y geográficos comunes, podría asegurar el desarrollo de un Estado nacional fuerte y autónomo, capaz de desempeñar un gran papel en el concierto mundial, gracias

³⁵ RAMOS, J. A. Historia de la nación latinoamericana. FICA, Cali. 1986. Pág. 129.

³⁶ MORENO, NAHUEL. Método de interpretación de la historia argentina. Ediciones Antídoto. Buenos Aires, 1989. Págs. 13 - 28.

³⁷ Ibidem, pág. 16.

a sus enormes riquezas naturales y humanas. Pero, dadas las condiciones objetivas aludidas, la unidad hispanoamericana tuvo también un carácter utópico.

Soler hace hincapié en las atrasadas relaciones sociales heredadas y analiza la historia del siglo XIX como la confrontación entre dos bandos en pugna: uno, las clases antinacionales, conservadoras y precapitalistas (el clero y la aristocracia feudal y esclavista); el otro, las clases nacionales, de ideología liberal, fraccionadas y dispares como los nuevos terratenientes post-independencia, la pequeña propiedad rural, la burguesía comercial (con sus variantes), la pequeña burguesía urbana (artesanos, profesionales y burócratas)³⁸.

El gran frente social del liberalismo, sería encabezado por la burguesía comercial librecambista, la única que tuvo como empeño la creación de un mercado nacional, aunque desde la perspectiva de apéndice del capitalismo inglés. Nahuel Moreno, no considera los productores nacionales como clases precapitalistas. Más bien coincide con lo sostenido por Sergio Bagú y otros, en el sentido de que la gran “hacienda” colonial tuvo mucho de gran empresa capitalista, aunque explotara mano de obra servil o esclava. Pero no considera a ninguno de los dos bandos como “clase nacional”, a diferencia de Soler.

“En principio, no existían clases nacionales sino regionales. Había zonas económicas pero no un mercado nacional ni una burguesía nacional; cada región defendía sus intereses como conjunto, y dentro de las mismas podemos apreciar la coexistencia de distintas clases”³⁹.

Refiriéndose a los propietarios, Moreno distingue dos bloques: “los productores ligados a la producción nacional y los importadores” (compradores). Los importadores van a ser más fuertes en Asia y África, pero en América existe un fuerte sector productivo para el mercado interno. Las disputas en torno a los impuestos aduaneros motivó la confrontación entre ambos bloques. Los importadores o compradores constituyeron el sector librecambista a ultranza, mientras que en el otro extremo se ubicaron los productores para el mercado nacional (o mejor regional). Entre ambos, oscilaban los productores para la exportación, que se aliaban con uno u otro según el caso.

Alfredo Figuero Navarro confirma el papel del conflicto aduanero, refiriéndose a la historia colombo - panameña, al señalar que los partidos liberal y conservador se dividen en este tema. Los liberales en dos facciones confrontadas: los gólgotas, librecambistas de origen comercial (predominantes entre los políticos panameños);

³⁸ SOLER, RICAURTE. Clase y nación en Hispanoamérica. En: Ricaurte Soler. Pensamiento filosófico, histórico y sociológico. Revista Lotería, N° 400. Panamá, 1994.

³⁹ MORENO, NAHUEL. Método.... Op. cit., pág. 21.

y los draconianos, voceros del artesano que propugnaban por el proteccionismo⁴⁰. La libertad aduanera para el Istmo, constituyó uno de los principales reclamos de los comerciantes panameños a lo largo de la pasada centuria.

El gran dilema de Hispanoamérica es que los sectores productivos, que pudieron ser la base de acumulación de una burguesía industrial propiamente nacional, aunque se apoyaran en relaciones de producción precapitalista, no tuvieron más que una perspectiva regionalista, y no constituyeron un sólido frente político y social que llevara a cabo un programa proteccionista que fomentara el desarrollo y protegiera el mercado interior de la penetración inglesa.

Por esta razón se alzó triunfante el sector comercial importador, más cohesionado y único con una visión “nacional” de sus intereses. Hablando del caso argentino, Moreno dice:

“...al no haber un mercado nacional ni clases nacionales, el que surgió como más unido a escala nacional fue la burguesía comercial, el gran importador de Buenos Aires, que tenía sus agentes en Córdoba, Santa Fé y Corrientes, y el gran almacenero, que vendía sus productos en cada población y era el adalid de la libre importación a través del planteo de lo barato de sus mercancías”⁴¹.

Esta clase comercial importadora marcaría con sus características a los nuevos estados, exacerbando los defectos del sistema (mono) productivo de la colonia, dependiente de las manufacturas (y la política) de la metrópoli hegemónica, ahora Inglaterra.

6. El caso panameño y el proyecto de la Gran Colombia

25

La idea que prevalece respecto a la formación de la nación panameña señala que la misma tiene como su actor y ejecutor central a la burguesía comercial citadina, cuya tarea histórica habría consistido en crear una nación (en ciernes desde el siglo XVIII, y construyéndose a lo largo de todo el siglo XIX, y emergiendo en 1903) con una misión histórica: el “transitismo”.

Para esta versión, la esencia del “ser nacional” panameño consiste en servir de zona de tránsito al comercio internacional. Ese objetivo socioeconómico, que coincide plenamente con la privilegiada posición geográfica del país, justificaría (como necesarias y progresivas) todas las acciones emanadas de la clase comercial istmeña por concretar su sueño transitista, desde los tempranos intentos secesionistas del siglo pasado, hasta la “independencia” de 1903.

⁴⁰ FIGUEROA NAVARRO, ALFREDO. Pág. 321.

⁴¹ MORENO, N. Método... Op.cit., pág. 22.

Contrario a lo que la historia oficial panameña pretende, hay constancias de que el proyecto “nacional” de las clases comerciales istmeñas no fue el único que existió. Tanto la pequeña producción rural, como el artesanado urbano se opusieron a la perspectiva transitista de las clases comerciales y defendieron sistemáticamente, a lo largo del siglo XIX, la participación en el proyecto nacional de la Gran Colombia.

Mencionemos las rivalidades surgidas entre el interior, representado por la región de Los Santos, y la ciudad de Panamá, antes incluso de proclamada la independencia de 1821. Mientras los primeros adhirieron rápidamente al proyecto grancolombiano y llamaron a las tropas de Bolívar a hacerse presentes en el Istmo; los segundos, realistas hasta el último momento, consideraron si no les convenía mejor unirse al Perú, que seguía bajo dominio español⁴².

El sabotaje constante a los esfuerzos bolivarianos por constituir una gran nación hispanoamericana, o por lo menos grancolombiana, no fue exclusivo de las clases dominantes panameñas, sino que caracterizó a todas las oligarquías regionales, dando al traste con el mismo. En cada coyuntura crítica del decimonono se expresó el proyecto transitista y anticolombiano (y, por extensión, antihispanoamericano) de la burguesía comercial istmeña, pero también se manifestó un proyecto confrontado al transitismo, que nace de lo profundo del “arrabal” de la ciudad de Panamá, y a veces del “interior”.

¿La burguesía comercial importadora istmeña se movió desde 1821 en función de crear un mercado interno que sirviera de asiento a sus negocios y con ello a la “nación” panameña? ¿O más bien, por efecto del transitismo, actuó como una burguesía que intentaba supeditarse al capital comercial, inglés, francés o norteamericano, ofreciéndole sus servicios para pasar sus mercaderías destinadas a puertos lejanos? ¿Los comerciantes istmeños son, por sus objetivos, equiparables a la burguesía porteña que refiere Moreno, que conquista las regiones del interior, y crea la nación, para asegurarse el mercado?

Las respuestas a estas preguntas definen si en verdad estamos ante una clase nacional o ante una clase antinacional, para usar el criterio soleriano. Es evidente que el raquitismo poblacional del Istmo brindaba poco incentivo al desarrollo comercial. Lo cual influyó en la postura histórica de los comerciantes istmeños, vivir de espaldas al país mirando siempre hacia el extranjero de donde sueñan les vendrían los galeones de oro.

La percepción del espacio geográfico y económico es la base de sus negocios y de su perspectiva “nacional”. Mientras los restantes sectores comerciales

⁴² ARAÚZ, C. A. Y PIZZURNO G., P. El Panamá colombiano. Primer Banco de Ahorros y Diario La Prensa de Panamá. Panamá, 1993. Pág. 24.

importadores hispanoamericanos peleaban por capturar las grandes regiones circundantes para hacerlos sus mercados, para lo cual era menester unificarlos en estados nacionales; la burguesía comercial panameña tenía una sola obsesión: el control de la estrecha faja de tierra donde se concretaba el transitismo.

No podía ser procolombianista una burguesía que no podía aspirar a controlar ese enorme mercado, distante y en manos de otro puerto, Cartagena, y de otros comerciantes. Alfredo Figueroa Navarro explica las íntimas relaciones de los comerciantes panameños con empresas inglesas y holandesas, asentadas en Kingston y Saint Thomas, a las que servían de comisionistas, representantes y apoderados en el tráfico de mercancías entre el Caribe y los puertos del Pacífico (Buenaventura, Tumaco, Guayaquil, Tumbez, Patia y Trujillo). A la vez, describe la debilidad de los nexos comerciales entre Panamá y las ciudades más importantes del interior colombiano⁴³.

Tampoco tuvo esta burguesía comercial una concepción acabadamente panameña, concibiendo la geografía del Istmo como mercado potencial, lo cual se ha expresado en la histórica dislocación capital-interior. La única obsesión consecuente de esta burguesía fue, y sigue siendo: la ruta de tránsito. Esta obsesión transitista quedó plasmada en todo lo trágico y lo cómico, en la anécdota (como retrato de la realidad no importa si el hecho fue falso o verdadero) según la cual, en los apuros conspirativos para la separación de 1903, los llamados próceres pensaron proclamar la independencia exclusivamente en la zona transístmica, hasta que uno de ellos cayó en cuenta que tenía propiedades en la zona excluida, el Interior.

Figueroa Navarro los describe con precisión:

27

“Clase comerciante por excelencia, su proyecto nacional está ligado, desde temprano, a la concreción de una utopía: la feria comercial... Los escritos elaborados por los ideólogos, quienes propugnan por ese proyecto nacional, están cargados de una fe desmesurada en el liberalismo. Merced al “laissez-faire”, el Istmo se convertiría en uno de los centros más prósperos del globo. Precisa aprovechar, pues, la posición geográfica “providencial” de ese territorio. La noción de patria y de terruño surge de una toma de conciencia del mito geográfico según el cual dicho país está llamado a desempeñar una misión mercantil”⁴⁴.

Y agrega:

“La patria pareciera ser una suerte de enclave: el estrecho pasillo transístmico en el que el modelo comercial, importado de Kingston o de Saint Thomas, ha de ser injertado... Visión optimista y liberal, desdeña una parte considerable del Istmo a

⁴³ Ibidem, págs. 28 - 68.

⁴⁴ FIGUEROA N., ALFREDO. Op. cit., pág. 28.

favor de una franja exiguá del territorio. Es más: de una ciudad ubicada en el seno de dicha garganta... ciudad-patria: arcadia y feria comercial”⁴⁵.

Cómo la burguesía percibe el espacio, base constitutiva de la nación, es de suma importancia. Mármore⁴⁶ dice que espacio y tiempo no son realidades neutras. El sistema capitalista promueve el universalismo, creando el mercado mundial y el trabajo abstracto (en cuya explotación se fundamenta su forma de acumulación), a la vez que la demarcación nacional, sobre la que asienta la competencia entre los diversos capitales.

Explotación de mano de obra asalariada y la concurrencia son las dos características básicas del capitalismo, sobre las que se establece su dicotomía universalista y nacional. El primero constituye la base material de los criterios del humanismo ilustrado que propugnaba por una nación universal, regida por la “paz perpetua” (Kant); el segundo explica los nacionalismos que dividieron a Europa posteriormente, y sobre los cuales se desarrolló el capitalismo.

“La existencia de la nación en el interior presupone por lo tanto la existencia de su negación en el exterior, es decir la existencia de la no nación... La nación no puede existir más que en forma de muchas naciones ajenas e incluso enemigas las unas de las otras. De esa manera, es decir a través de la integración y homogenización hacia adentro y la demarcación y fragmentación hacia afuera, las naciones cumplen su función de instancia articulatoria de las determinaciones opuestas de la matriz espacial capitalista”⁴⁷.

El problema es que los comerciantes panameños han incumplido esa tarea de homogenización interna y demarcación exterior justamente por sus limitadas miras transitistas y su carácter de apéndice del capital extranjero. No era el mercado nacional (ni colombiano, ni panameño) el que les movía. Del exterior esperaban todo ¿Puede identificarse el transitismo con un proyecto nacional?

El desapego, o más precisamente, el desprecio de la clase dominante istmeña, por contenidos y símbolos de lo nacional, colombiano o panameño; su amor por todo lo extranjero, y su fomento de un complejo de inferioridad nacional. Estas actitudes ideológicas de nuestra clase dominante siguen vigentes hasta el presente. Un tráfico comercial, cuyo punto de origen industrial se ubica en lejanas costas y su punto de destino también, no va a promover el desarrollo de un mercado libre de trabajo ni, en general, de ninguna forma de mercado propiamente nacional. Y, por ende, de una nación en el sentido estricto de la palabra.

⁴⁵ Ibidem, pág. 31.

⁴⁶ MÁRMORA, L. Op. cit., págs. 95 - 113.

⁴⁷ Ibidem, pág. 104.

¿Era el proyecto nacional de la burguesía comercial panameña progresivo, frente al centralismo colombiano en el siglo XIX? Que los hechos objetivos expliquen la actitud separatista de la clase mercantil, no implica que haya que acudir a valoraciones subjetivas que le atribuyen al transitismo el germen de un gran proyecto nacional. Nos parece que muchos de nuestros historiadores han caído en ese lamentable error, atribuible a dos razones: algunos porque son voceros e hijos de la clase a la que pretenden exaltar; otros para dar asiento histórico al nacionalismo panameño del siglo XX.

A inicios del siglo XXI podemos decir con seguridad que Panamá es un hecho, existe como país, y como tal no necesita ser permanentemente justificado. Ahora poseemos la madurez necesaria para examinar cuidadosamente nuestra historia, contarla como verdaderamente ha sido. Se requiere el estudio de nuestro pasado, no ideológico, sino científico y, por tanto, crítico.

Evidentemente, esta clase comercial tenía una noción clara de sus intereses y bregó por ellos a lo largo del decimonono. Omar Jaén S., considera que “esta oligarquía criolla está más preocupada por su deseo de obtener una autonomía económica que una verdadera independencia política”⁴⁸.

Desde 1823, la clase comercial istmeña empezó sus exigencias al Congreso y al Ejecutivo colombianos para que se establecieran leyes especiales en el Istmo, cuya idea básica era la libertad de tránsito y la eliminación de los derechos aduaneros en esta franja. Tan temprano como 1826, aprovechando la crisis entre Bolívar y Santander, en un acta del 16 de septiembre, los mercaderes istmeños plasman su proyecto histórico: no importa cómo se resuelva el problema político en Colombia, siempre que ambas partes concedan en convertir al Istmo en un país hanseático.

Es evidente que el proyecto hanseático tiene una connotación claramente antinacional y, más bien constituye la reedición de un nuevo estatuto colonial, bajo la forma de un protectorado en el que los ingleses tendrían la parte del león, aunque no se proponga al principio separar al Istmo de la unión colombiana. La propuesta hanseatista es, pues, una pretensión histórica que no es progresiva, ni nacional, como lo ha presentado la historia oficial panameña hasta ahora.

Este fue el móvil de todos los conflictos entre el Istmo de Panamá y la Nueva Granada o Colombia a lo largo del siglo XIX. Conflictos que no terminaron en una separación decimonónica porque, como podríamos probar en otro trabajo particular, la clase comercial istmeña no encontró apoyo popular para su proyecto hanseatista entre las clases populares.

⁴⁸ JAÉN S., OMAR. 1979. La población del Istmo de Panamá. Del siglo XVI al XX. INAC. Panamá. Pág. 529.

Recién en 1903, cuando una coyuntura de factores exógenos e internos dio paso a la pérdida del Istmo para Colombia, concretándose que el soñado hanseatismo tutelado por una potencia extranjera, aspiración de los comerciantes istmeños, se demostró que no era más que un nueva forma de colonialismo, el cual los dejó a ellos mismos marginados de la Zona del Canal controlada por Estados Unidos. Pero esa es otra historia que requiere otro artículo.

Referencias

- ARAÚZ, C.A Y PIZZURNO, G.P. *El Panamá colombiano*. Primer Banco de Ahorros y diario La Prensa de Panamá. Panamá, 1993.
- BAGÚ, SERGIO. *Economía de la sociedad colonial*. El Ateneo. Buenos Aires, 1949.
- _____. *Estructura social de la colonia*. El Ateneo. Buenos Aires, 1952.
- JAÉN, OMAR. *La población del istmo de Panamá. Del siglo XVI al XX*. Inac. Panamá.
- LENIN, VLADIMIR. *Obras escogidas. Tomo I*. Editorial Pueblos Unidos, Buenos Aires, 1977.
- LOWY, MICHAEL. “Los marxistas y la cuestión nacional”. En revista *Ideología y sociedad*, nº 20. Bogotá, enero- marzo de 1977.
- MÁRMORA, LEOPOLDO. “El concepto socialista de nación”. *Cuadernos de pasado y presente* 96. Siglo XXI Editores. Méjico, 1986.
- MARX, CARLOS y ENGELS, FEDERICO. *Revolución en España*. Editorial Ariel, Barcelona, 1973.
- MORENO, NAHUEL. *Método de interpretación de la historia argentina*. Ediciones Antídoto, Buenos Aires, 1989.
- NOVACK, GEORGE. *Para comprender la historia de George Novack*. Ed. Pluma, Bogotá, 1977.
- PUIGGRÓS, RODOLFO. *De la colonia a la revolución*. 5º edición ampliada. Carlos Pérez editor, Buenos Aires, 1969.
- RAMOS, J.A. *Historia de la nación latinoamericana*. Fica, Cali.
- SOLER, RICAURTE. *Idea y cuestión nacional latinoamericana*. Siglo XXI Editores. Méjico.
- _____. *Pensamiento filosófico, histórico y sociológico*. Revista Lotería, nº 400. Panamá, 1994.

Olmedo Beluche

Profesor del Departamento de Sociología
de la Universidad de Panamá
olmedobeluche@hotmail.com